

CAPÍTULO XVI.

1626—1689.

EMPRESAS DE LOS FRANCESES EN LAS COLONIAS.

Nueva Francia.—Misioneros Franciscanos y Jesuitas.—Sus exploraciones en el Este y Oeste.—Informe de Charlevoix.—Guerra con las Cinco Naciones.—Tregua.—Trabajos de los Jesuitas.—Nueva Guerra.—Disolucion de la compañía de Nueva Francia.—Marquette y el Mississippi.—La Salle.—Viaje á la embocadura del Mississippi.—Louisiana.—La Salle marcha á Francia.—Espedicion y fatales resultados.—Asuntos del Canadá.—De la Barre y Denonville.—Guerra con las Cinco Naciones.—Proyectos de colonizacion de los franceses.—Contraste con las colonias inglesas.—Subida al Trono de Guillermo III y guerra que se siguió.

Al final de nuestro primer capítulo hicimos un breve bosquejo acerca de los progresos de los franceses en su empresa de la navegacion y colonizacion en el Canadá y sus cercanías. Reanudando la historia desde aquel punto, llamaremos la atencion del lector sobre algunos hechos interesantes relacionados con los esfuerzos de aquellos hombres emprendedores á cuya energia y perseverancia debió su pais el derecho de poder hacer reclamaciones sobre aquella vasta region del interior de América conocida generalmente con el nombre de Nueva-Francia.

Como quiera que la resuelta hostilidad de los Mohawks habia impedido á los franceses ocupar las aguas superiores del Hudson, cortando toda comunicacion con el Sud, los misioneros franciscanos que acompañaban á Champlain al Canadá, tuvieron que penetrar por el Norte siguiendo las orillas del lago Ontario, hasta llegar á los rios que desembocan en el lago Huron. Cuando el

1626.

Canadá fué restituido á los franceses en 1632, los jesuitas obtuvieron el privilegio

de ocupar la vasta estension de territorio que Nueva-Francia les entregó voluntariamente para su empresa, y debe confesarse aun por el protestante mas celoso, que en ninguna época ni en parte alguna del mundo hubo nunca misioneros cuyos esfuerzos y trabajos por la causa que habian abrazado, superasen á los suyos.

Dos misioneros jesuitas, Brebeuf y Daniel, guiados por una partida de indios Hurones, se dirigieron á los lejanos *wigwams* de la tribu, y despues de atravesar el Saint Lawrence, subiendo por su gran tributario el Ottawa y atravesando, ya por entre numerosas cascadas, ya por peligrosos pasos, en que era preciso llevar la canoa al hombro, como hacen aun hoy dia los viajeros que visitan aquellos sitios, llegaron por fin, rendidos de fatiga, á la parte oriental del lago Huron. Allí convirtieron á un jefe de la tribu y consiguieron establecer seis misiones entre aquellos rudos aunque impresionables salvajes. De vez en cuando, dice Mr. Hildreth, uno de los padres hacia un viaje á Quebec en

una ligera canoa, con dos ó tres salvajes, los cuales no podian menos de admirar al santo varon que remo en mano, aunque desfallecido de fatiga, con los piés desnudos, el breviario pendiente del cuello, y el hábito roto; pero con el ánimo tranquilo, la mirada serena, y revelando en sus facciones la satisfaccion y el contento, inspiraba á todos con sus ademanes y palabras el deseo de compartir los trabajos de la mision. No tardó en llegar á Francia la noticia de tan fausto suceso, y esto escitó á muchos á poner en juego todos sus esfuerzos para favorecer la religion católica

1635.

romana en el Canadá. Establecióse entonces un colegio en Quebec, y poco despues un hospital para los franceses y los indios, y un convento de monjas Ursulinas.

Montreal, que se hallaba situado á mitad del camino que conducia á las misiones recientemente establecidas, fué solemnemente consagrado á la Virgen María, llegando á ser un centro religioso y el núcleo de una futura ciudad. A cada momento iban presentándose nuevos misioneros jesuitas, que escitaban el celo de sus predecesores, y entre estos, Raymbault y su compañero Jogues, costeando la orilla del lago Huron, llegaron al lejano pais de los Chippewas, al pié de las cataratas de Santa María. Estenuado por sus fatigas y privaciones, volvió Raymbault á Quebec, pero fué solo para morir, en tanto que su compañero, al bajar por el Saint Lawrence con sus Hurones convertidos, era atacado por una partida de Mohawks hostiles que le atormentaron horriblemente mientras veia perecer á sus compañeros indios á los golpes del *tomahawk* ó abrasados por las llamas. Jogues logró por fin escaparse, dirigiéndose al valle de Mohawk, donde fué recibido hospitalariamente por el comandante holandés de Rensselaerwyck. Todos los misioneros que cayeron en poder de aquella

salvaje tribu tuvieron que sufrir tormentos parecidos. En la parte oriental, los esfuerzos de los misioneros obtuvieron un buen resultado, y antes del desembarco de los padres peregrinos, los franceses habian conseguido ya convertir á los indigenas á la religion cristiana. Habiéndose recibido

1646.

favorables noticias del misionero explorador Dreuilletes, adoptáronse por los jesuitas las medidas necesarias para establecer una mision permanente.

«Es evidente,» dice Charlevoix al hablar de este suceso, «según se desprende de las relaciones que se han hecho de aquellos felices tiempos y de la constante tradicion de aquel pais, que en la salvaje mision se desplegó un celo especial, prefiriéndola á otras muchas empresas harto mas brillantes y productivas. Esto se explica naturalmente por la razon de que, no encontrándose en aquellas soledades nada que halagase los sentidos ó la vanidad, funesto escollo en el que tropiezan hasta los mas santos varones, podia obrar la gracia sin obstáculo alguno. El Señor, que nunca permite que ninguno se haga superior á él, se comunica sin tasa á los que se sacrifican sin reserva, á los que, muertos para el mundo, viven en la tranquila é inalterable paz del alma, tal como la recomendó Jesucristo á sus discípulos al decirles que aquel debia ser el rasgo saliente de su carácter.» «Tal es el retrato,» añade Charlevoix, «que se ha hecho de los misioneros de Nueva-Francia, por personas que los conocieron mejor. Yo tambien conocí algunos en mi juventud y eran como los acabo de describir; encorvados por el trabajo y los sufrimientos de un largo apostolado, desfallecidos por la fatiga, agobiados por los años; pero conservando siempre todo el vigor de su espíritu y el celo de su fe apostólica.»

Los misioneros franceses no obtuvieron,

sin embargo, el menor éxito entre los Iroqueses y los indígenas de las Cinco Naciones, pues encontraron siempre una irresistible oposicion. Dábase el nombre de las Cinco Naciones á unas tribus aliadas conocidas por los Sénecas, los Cayugas, los Onondagas, los Oneidas y los Mohawks, las cuales ocupaban el pais situado entre las orillas del Saint Lawrence y del Hudson. Poco despues de la llegada de Champlain al Canadá, este último indujo á los Algonquines y á los Hurones para que declarasen la guerra á las cinco tribus citadas, intervencion mal entendida, que fué castigada por aquellos implacables salvajes con un odio eterno á los franceses y sus aliados. Amenazaron destruir la naciente colonia de Quebec y hostigaron segun ya hemos visto á los misioneros jesuitas, hasta obligar á los franceses á pedir la paz. Nada, sin embargo, se deseó tanto como convertir aquellos salvajes. Durante cierta tregua, volvió Jogues á emprender su peligrosa mision, de la que no volvió nunca, pues al llegar al territorio de los Mohawks, estos le dieron muerte.

Habiendo facilitado los holandeses armas de fuego á la tribu de los Iroqueses, estalló una guerra de increíble ferocidad; los misioneros fueron torturados cruelmente antes de recibir la muerte; los colonos, llenos de terror, vivian en continua alarma temiendo por sus vidas, y hasta el mismo Quebec se hallaba en peligro. A tal punto llegó el

1649. desaliento de los franceses, que pidieron auxilio contra los indios á Nueva-Inglaterra, pero sentimos decir que no se les concedió. Por fin, despues de dos ó

1651. tres años consintieron los Iroqueses en la paz, y aprovechando los Jesuitas el momento, hicieron nuevos esfuerzos para

1654. plantar la cruz entre sus vengativos adversarios, consiguiendo esta vez un resultado mas favorable que el anterior. Al-

gunos Hurones cristianos que se hallaban cautivos de los Mohawks, prepararon el terreno para la recepcion de Le Moyne, en tanto que Menard se presentaba ante los Cayugas, y Chaumont y Dablon visitaban las demás tribus. Al principio pareció que el éxito seria feliz; pero pronto vieron los misioneros que solo habian conseguido adormecer, no dominar, las pasiones de aquellos feroces guerreros, y que sus vidas estaban pendientes de un hilo. Algunos franceses se aventuraron á establecer una colonia á orillas

1656. del Oswege; pero á consecuencia de una coalision que ocurrió con los indios, estalló la guerra por tercera vez. Tan grave llegó á ser entonces el apuro, que la Compañía

1659. de Nueva-Francia, reducida ya á un puñado de hombres, resignó en el rey, en 1662 una colonia que no podia seguir defendiendo, y la cual fué transferida á la Compañía de las Indias Orientales que acababa de formar Colbert. Acto continuo, concedióse el auxilio pedido por los Jesuitas, y se puso en marcha con direccion á Quebec un regimiento mandado por Tracy, quien obtuvo el cargo de virey de aquella colonia.

1665. Esta medida fué suficiente para reprimir de una vez por completo la hostilidad de los guerreros de las Cinco Naciones, y con tan favorable cambio, renováronse los esfuerzos de los misioneros: Allouez costeó el Lago superior, y dos años despues, en compañía de Dablon y Marquette, estableció la mision de Santa María, primera colonia de blancos situada dentro de los límites de nuestros Estados orientales. Mientras se formaban

1666. otras misiones, explorando el pais en todos sentidos, se tuvo noticia de existir un gran rio hácia el Oeste: el intendente Talon encargó á Marquette que averiguase en qué punto se hallaba, y en cumplimiento de esta orden, organizóse una pequeña expedicion, y

acompañado aquel de Joliet, mercader del Quebec, de cinco franceses y dos guias Algonquines, se puso inmediatamente en marcha, llegando el 10 de junio de 1673 á orillas del rio Fox. Despues de recorrerlo y de atravesar los espacios intermedios que separan las diversas corrientes, con la canoa al hombro, lanzáronse en las aguas del Wisconsin, donde sus conductores indios, temerosos de ir mas lejos, los dejaron solos. Por espacio de siete dias estuvieron bogando corriente abajo, hasta que al fin con gran sorpresa suya y no poca alegría, comenzaron á deslizarse los expedicionarios sobre las poderosas corrientes del Mississippi, ese gran rio que atraviesa inmensas praderas de esmeralda llenas de búfalos, y hasta cuyas orillas llega la densa sombra de los primitivos bosques. Con la satisfaccion que pudiera experimentar aquel que ha descubierto un mundo nuevo, cruzaron los viajeros por las bocas del Moines, del Illinois, del Missouri y del Ohio, llegando hasta el Arkansas, donde desembarcaron para visitar á los asombrados indios, quienes, despues de recibirlos hospitalariamente, invitaronles á formar una colonia. Prosiguiendo su correría, presentáronse á su vista nuevos y magnificos paisajes, y un clima distinto donde se aspiraban las mas dulces brisas y el salvaje perfume de la espléndida vegetacion del Sur; á los sombríos pinos de los bosques del Canadá, sucedíanse los algodoneros de los trópicos, y al fin llegaron á cierto punto donde el calor y los mosquitos comenzaron á molestarles. Persuadido Marquette de que aquel rio debia desaguar en el golfo de Méjico, y temeroso de caer en manos de

1674. los españoles, resolvió entonces prudentemente volver al Canadá; pero habiéndole detenido los asuntos de su mision en Green Bay, envió á Joliet á Quebec para que llevase la noticia. Poco tiempo despues, ha-

llándose Marquette ocupado en la conversion de la tribu de los Illinois, resintióse su salud y murió el 18 de mayo de 1675 á la temprana edad de treinta y seis años (*).

Roberto Cavalier de La Salle, jóven aventurero francés que en diversas ocasiones habia demostrado notable sagacidad y valor en sus correrías por los lagos Ontario y Erie, fué uno de los primeros que recibió la noticia del descubrimiento del «gran rio,» y dejando sus ocupaciones, sus negocios y las muchas ventajas que disfrutaba en Fort Frontenac, donde residia, marchó apresuradamente á París, y obtuvo de Colbert el permiso necesario para explorar en mayor escala el Mississippi. Acompañado entonces del ca-

1678. ballero Tonti, veterano italiano que le seguia en clase de segundo, volvió á Frontenac, construyó un pequeño barco y con él subió el rio Niágara hasta llegar al pié de las cataratas. Cuando estuvo ya cerca de las orillas del lago Erie, comenzó la construccion del barco mejor aparejado que haya surcado jamás las aguas orientales, al cual dió el nombre de *Griffin* y que no constaba mas que de sesenta toneladas.

Terminada su obra, y habiendo reunido á unos cuantos misioneros y traficantes en pieles que debian acompañarle, atravesó La Salle el lago Erie, cruzando el estrecho que le separa de la límpida sábana á la que dió el apropiado nombre de Saint Clair; llegó al lago Huron, y pasando despues por los

1679. estrechos de Mackinaw hasta dar vista al lago Michigan fué á desembarcar en Green Bay.

Desde aquel punto, y despues de dejar su barco para que le fuesen á buscar víveres, La Salle y sus compañeros se proveyeron de canoas y atravesaron el lago Michigan hasta la

(*) Véase la interesante obra de Mr. J. G. Shea's, titulada *Descubrimiento y Explotacion del Mississippi*.